

EL SEGUNDO SITIO DE VIENA POR LOS TURCOS 1683

por Manuel TORRES MARIN

Preliminares



EL 12 de septiembre de 1683 descendieron por las faldas del Kahlenberg las huestes cristianas —las tropas del Emperador, los contingentes de los príncipes alemanes y el ejército auxiliar polaco— para presentar batalla al ejército de los turcos que, desde hacia dos meses, mantenía un apretado cerco en torno a Viena. Fue aquel uno de los grandes momentos de la historia europea; pues no cabe duda de que un triunfo de la Media Luna entonces hubiera cambiado el curso de la historia, y no sólo de Europa central sino de todo el Occidente. Por este motivo puede compararse el segundo sitio de Viena con la batalla de Lepanto; pues en ambos casos una coalición de fuerzas cristianas cortó el avance de la potencia otomana. Pero estos acontecimientos se pueden situar, a su vez, dentro de una perspectiva mucho más amplia: son capítulos de la historia ya bastante larga de los asaltos de las hordas asiáticas contra la civilización cuyos herederos somos. Los hunos, los mongoles, los turcos irrumpieron en sus respectivos momentos históricos, ocasionaron inmenso sufrimiento y destrucción, y por último fueron contenidos y rechazados. En cada ocasión pudo Europa, pese a su crónica de unión, reunir fuerzas para salvarse de la esclavitud definitiva. Esta historia no ha terminado, pues Europa sigue expuesta a tales desbordes periódicos de la barbarie que se acumula en las regiones del Este. A la luz de esa constante histórica ha de hacerse la evocación del sitio y liberación de Viena, de que en el presente año se celebra el tercer aniversario.

No era esa la primera vez que los turcos atacaban a Viena. Durante el período de su apogeo, bajo el reinado de Solimán el Magnífico, y cuando ya habían subyugado los países de los Balcanes y Hungría, se movieron a lo largo del Danubio y, en 1529, asediaron la ciudad. Esta operación fracasó por haber sido emprendida estando demasiado avanzada la estación; pues, de otro modo, la esforzada guarnición de Viena, que entre otras fuerzas contenía también 700 soldados españoles, no hubiera podido resistir a la enorme superioridad de los turcos. Con la muerte de Solimán, en 1566, y la batalla de Lepanto, en 1571, se inició la prolongada decadencia del Imperio Otomano; pero aún conservaba territorios muy extensos y recursos enormes, de

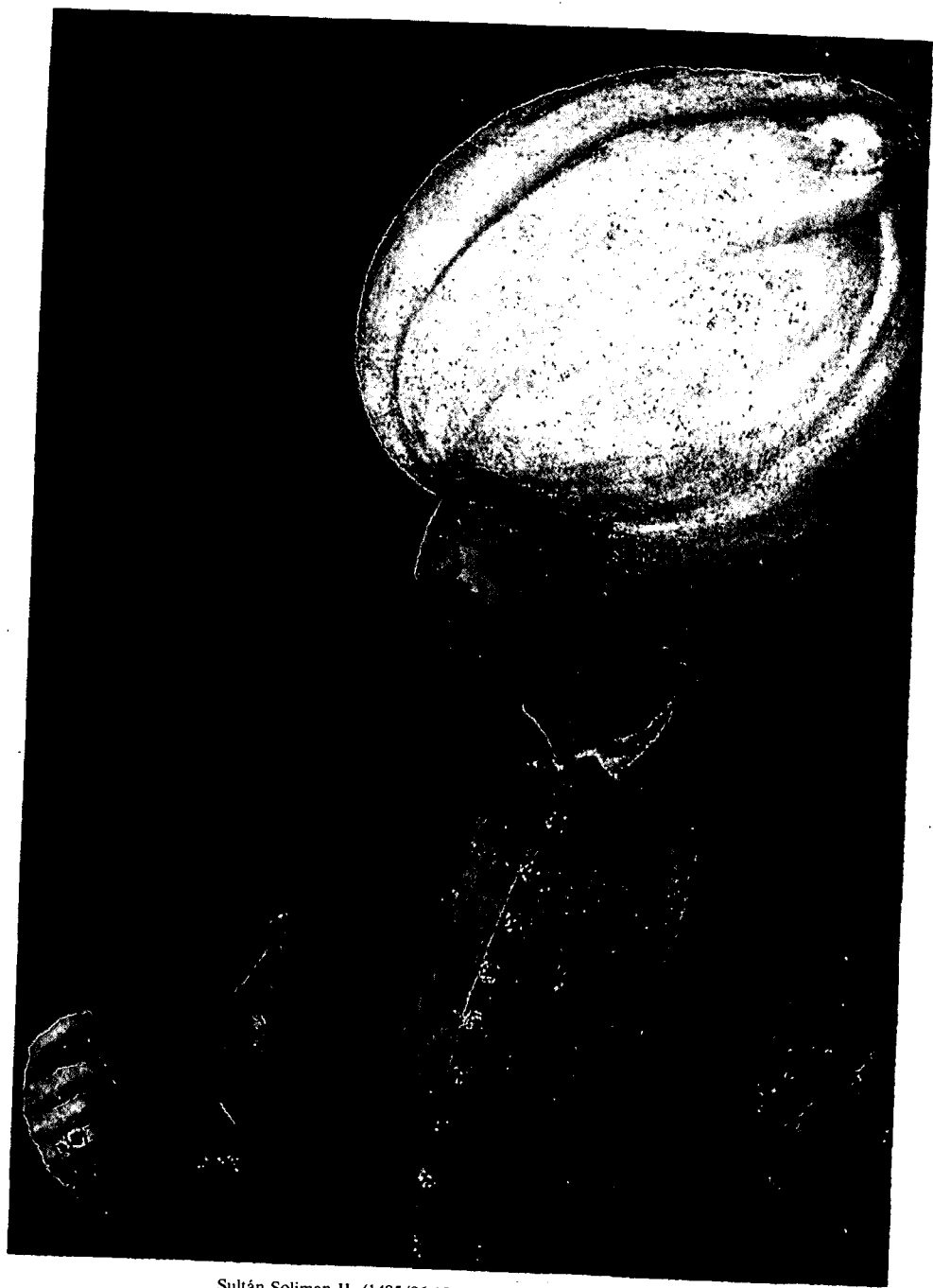
modo que, dirigido por una cabeza competente, podía volver a ser un peligro muy grave.

Fue una afortunada coincidencia —afortunada para la supervivencia de la civilización europea germánico-románica— que el vigor agresivo de los turcos quedara paralizado en la primera mitad del siglo XVII, pues Europa pasaba al mismo tiempo por una de sus crisis más graves. La combinación de odios religiosos y ambiciones políticas hizo estallar la llamada Guerra de 30 Años, que absorbió la atención y consumió las fuerzas de casi toda la Cristiandad. Ocupada por entero en destruirse a sí misma, no hubiera podido Europa hacer frente a un atacante de la talla de Solimán.

En Hungría, entretanto, no habían cesado nunca las escaramuzas y las violencias, aún cuando Turquía se mantuvo oficialmente en paz mientras las naciones cristianas se desgarraban entre sí. Pero esa inactividad tuvo fin con la aparición en Constantinopla de una serie de estadistas competentes. Fueron éstos los Köprülü, familia de origen albanés, que durante medio siglo ejercieron la autoridad efectiva, dejando al Sultán apenas el poder de premiar o castigar, e infundieron al Imperio Otomano un dinamismo del que ya no parecía capaz. El primero de ellos fue Mahomet Köprülü, que alcanzó la dignidad de Gran Visir en 1656 siendo hombre ya muy viejo, pues parece haber nacido alrededor de 1575.

Si la primera mitad del siglo XVII estuvo bajo el signo de la guerra de religión, en la segunda predominaron las contiendas políticas u dinásticas, concentradas en tres actores principales: el Rey de Francia, el Emperador y la potencia turca (ya que no cabe hablar de ningún Sultán como protagonista). Luis XIV y el Emperador Leopoldo I eran parientes y rivales. Cada uno tenía por madre a una hija de Felipe III de España y estaba casado con una hija de Felipe IV; pero eso mismo contribuía a ponerlos en pugna. Luis XIV, nacido en 1638, empezó a reinar por sí mismo en 1661, convirtiéndose en el prototipo del monarca absoluto, ambicioso e inescrupuloso para imponer su voluntad en lo interior y efectuar agresiones hacia el exterior. Aspiraba, sobre todo, a ampliar sus dominios arrebatando territorios a España y al Imperio. Leopoldo I, nacido en 1640, no era el destinado a reinar ni parecía estar hecho para tales responsabilidades. De débil constitución física y de espíritu retraído, se complacía en los libros y en las artes, y seguramente hubiera sido feliz en el estado eclesiástico a que estaba destinado. Sin embargo, por el deceso prematuro de su hermano mayor, pasó a ser el sucesor de su padre, y en 1658 fue coronado Emperador. Su primera esposa fue la Infanta Margarita Teresa, hermana de Carlos II de España; aquella dulce princesa que Velázquez pintó muchas veces, aún después de ponerla como figura central de su cuadro más famoso, «*Las meninas*».

En 1661 falleció Mehet Köprülü y le sucedió en el cargo de Gran Visir su hijo mayor Ahmed (1635-1676), hombre también de gran capacidad política. Después de medio siglo renovó Ahmed Köprülü la guerra en Europa central, siendo el motivo, como más de una vez, las rivalidades entre candidatos al principado de Transilvania. Avanzó el Gran Visir a través de Hungría a la cabeza de una hueste de 100.000 hombres; y, como de costumbre, no contaba el Emperador con muchos recursos, pero sí con los servicios de un gran general, el taliano Raimondo Montecuccoli. Este tomó posición en la con-



Sullán Soliman II. (1495/96-1566). Museo Histórico de Viena.

fluencia de dos ríos, en la actual frontera entre Austria y Hungría, cerca de la abadía de St. Gotthard que dio nombre a la batalla. El 1° de agosto de 1664 obtuvo ahí Montecuccoli una gran victoria, siendo esa la primera vez que un ejército otomano era derrotado en campo abierto por los cristianos. El resultado de este encuentro fue que se pactó una tregua de veinte años entre el Emperador y los turcos.

Mehemet Köprülü se mantuvo fiel a la tregua, pero a su muerte subió al cargo de Gran Visir un cierto Kara Mustafá, hombre de ilimitada ambición y de inmensa codicia, que a través de las relaciones internacionales aspiraba a ensanchar su propio poder. Para lograrlo estaba dispuesto a romper de nuevo las hostilidades en Europa central; y comenzó fomentando una rebelión en Hungría, en la cual colaboraba también el Rey de Francia. Luis XIV favorecía todo plan de guerra en el Este de Europa, porque ello le facilitaba sus propios designios de conquista sobre el Rin.

La inminencia de un gran ataque de los turcos contra Europa central en un momento cuando el Emperador se veía fuertemente presionado en el flanco occidental, significaba un peligro para la Cristiandad entera, como no se había conocido desde los tiempos de Solimán el Magnífico. ¿Quién podía prever dónde se detendrían los ejércitos de la Media Luna si, capturada Viena, les quedaban abiertos los caminos hacia Praga, Munich y Venecia?. Un hombre que comprendió plenamente la gravedad del peligro que el Papa Inocencio XI (Benedetto Odescalchi), elegido en 1676, austero en su vida personal, reformador del gobierno de sus Estados y lleno de celo por la causa de la religión. Ahora puso toda su influencia al servicio de una idea, la de unir a los príncipes cristianos para la defensa común; empresa difícil porque el espíritu de cruzada estaba muerto, y los príncipes apenas entendían otro lenguaje que el de sus particulares intereses. Un punto clave donde se concentraron los esfuerzos del Papa, fue Polonia procurando aproximarla al Emperador, lo que equivalía a separarla de la influencia francesa (ofensa que los franceses no perdonaron nunca a Inocencio XI). Varsovia se convirtió en teatro de una intensa batalla diplomática, en que los enviados de Luis XIV se oponían por todos los medios a las gestiones del Nuncio y del representante del Emperador. La situación se hizo intensamente dramática en el curso de 1682, cuando se sabía que los turcos se armaban para la guerra y se podía pensar que atacarían al año siguiente.

Los mejores planes pueden malograrse a veces por circunstancias fortuitas y aún triviales. Así también se malogró en Polonia, al menos en esta ocasión, la influencia francesa que parecía tan asegurada. Uno de los puntales de esta influencia era la Reina, María Casimira de la Grange, francesa de origen y no de sangre real, pues su padre era un modesto marqués. Cuando Juan Sobieski fue elegido Rey, «*se le fueron a María Casimira los humos a la cabeza:*» pidió a Luis XIV que a su padre le concediera el título de duque y, en vísperas de hacer un viaje a Francia, reclamó para sí misma honores reales. Todo esto era mucho pedir de un Luis XIV, para quien la realeza y la alta nobleza eran esferas muy por encima de los simples mortales. No concedió el ducado, e hizo saber a María Casimira, que había gran diferencia entre una reina hereditaria y una reina por elección. Tales rechazos pusieron de muy mal humor a la esposa de Juan Sobieski, la cual, olvidándose de que era

francesa, trabajó en adelante en contra de los planes de Luis XIV. Al mismo tiempo se descubrió que un gran dignatario polaco, el Tesorero de la Corona Andreas Morsztyn, también casado con francesa, estaba en relaciones secretas con Francia. Se encontraron cartas suyas en que hablaba de la mala salud de Sobieski y sugería que se le buscara en Francia un sucesor. También se hallaron cartas del embajador francés, según las cuales Morsztyn le comunicaba todas las decisiones del gabinete y le había procurado la cooperación de altas personalidades, que se habían dejado ganar por el dinero de Luis XIV.

Estos hechos torcieron los ánimos de todos los grandes señores polacos en contra de Francia, pues nadie quería hacerse sospechoso de haberse dejado sobornar; de modo que el Rey ya no encontró obstáculo para hacer aceptar la alianza con el Emperador. El tratado se firmó el 31 de marzo de 1683, o sea, en el último momento cuando aún podía servir de algo. Se trataba de una alianza defensiva en general y ofensiva contra los turcos, y no podía cesar mientras no se obtuviera una paz segura y duradera. El Emperador se obligaba a poner 40.000 hombres en campaña, más 20.000 en servicio de fortaleza; y el Rey, a salir personalmente a la guerra al mando de 40.000 hombres. También debía enviar tropas Sobieski para luchar contra los rebeldes húngaros. Para sufragar los gastos de la guerra, hacía el Emperador un pago anticipado de 200.000 escudos al Rey de Polonia. En confirmación de la alianza, esta debía ser jurada, por medio de delegados especiales, en manos del Papa Inocencio XI.

En esos mismos días se movía ya el ejército otomano a través de los Balcanes y entraba en Hungría. Le acompañaba el Sultán, aunque sin ninguna intención de compartir las penalidades de la campaña, por lo cual se quedó en Belgrado, rodeado de sus mujeres y sus cortesanos, aguardando la noticia de la gran victoria que lo haría señor de Viena y de Europa. Siempre fue difícil formar un cómputo de las tropas otomanas, por la diversidad de su procedencia; pero se cree que en este caso sumaban unos 200.000 hombres. No todos eran combatientes de primera línea, pues muchos servían sólo como tropas ligeras para efectuar reconocimientos o como auxiliares para el transporte de la impedimenta y de la artillería. Tampoco se puede decir que todos fuesen «turcos» en ningún sentido de la palabra. Entre las tropas del Sultán no había unidad racial o nacional, pues contenían soldados europeos asiáticos y africanos. Ni siquiera había unidad religiosa, ya que no todos eran musulmanes. Muchos de los soldados procedentes de Serbia, Bulgaria, Macedonia, Rumanía, Transilvania y Hungría seguían siendo cristianos, aún después de siglos de sometimiento. Eran, sin embargo, gente ruda, habituada a una existencia rural deshumanizada y a la arbitrariedad de sus señores, y venía estimulada por la esperanza de botín. Aunque no fuesen soldados muy aguerridos, eran tan de temer como los demás a la hora de cometer atrocidades.

El ejército del Sultán era apoyado también por las fuerzas rebeldes húngaras, encabezadas por Emerich Tököly. Este hombre abrigaba planes de hacerse rey de una Hungría independiente, pero lo ilusorio de tales planes se revelaba por el vasallaje que reconocía con respecto a los turcos. Su actitud servía sólo para ahondar los sufrimientos del pueblo húngaro y aumentar las cartas de triunfo de Kara Mustafá.

El comienzo de la guerra

Los Habsburgo, con pocas excepciones, no poseyeron grandes aptitudes militares, pero tuvieron a menudo a su servicio soldados distinguidos. Este fue sobre todo el caso de Leopoldo I, tal vez el menos militar de toda la dinastía, que contó con una serie de generales de mérito superior: Montecuccoli, Carlos de Lorena y el Príncipe Eugenio de Saboya. El segundo, discípulo del primero y maestro del tercero, fue el que debió enfrentarse al ejército otomano en 1683. Heredero de una dinastía que había reinado en la antigua Lotaringia desde finales del siglo XI, nació Carlos V Duque de Lorena (1643-1690) en Viena como refugiado, pues su padre había sido desposeído por los franceses. Luis XIV acentuó a política de apoderarse gradualmente de Lorena, pues así cortaba la vía de comunicación española que iba desde Milán hasta Flandes, y ganaba un acceso al Rin por donde iniciar nuevas conquistas. Si accedió a devolver Lorena al Duque Carlos, ello fue en condiciones que convertían a éste, príncipe soberano del Imperio, en vasallo del Rey de Francia. Carlos se negó a aceptar, y en adelante puso su espada al servicio de Leopoldo I, esperando alcanzar así la restitución de su ducado.

Nombrado a comienzos de 1683 Generalísimo del ejército que debía resistir a los turcos, se encontró colocado ante una tarea muy difícil, pues debía empezar por organizar ese ejército contando con elementos muy reducidos. Como siempre, en las arcas de Viena escaseaba el dinero, pero también eran escasas la comprensión de la gravedad del momento y la voluntad de hacer sacrificios. Los nuevos impuestos decretados para financiar la guerra tropezaban con muchas resistencias, y se pagaban tarde y mal. La contribución del clero, aunque estaba aprobada por el Papa mismo, tampoco era entregada de buena voluntad. Pudo remediarse la situación únicamente con los subsidios que llegaban del extranjero, sobre todo del Papa y de España. Hasta el verano de 1683 envió Inocencio XI poco menos de un millón de florines, mientras que del Rey de España se habían recibido 200.000. Contribuyeron también varios Estados italianos, como Florencia, Génova y Saboya, e incluso el lejano Portugal. En tales condiciones, no pudo Leopoldo I poner en pie de guerra sino una fracción de las tropas que se habían previsto. En una gran ceremonia militar-religiosa celebrada en Kittsee el 6 de mayo, con asistencia del Emperador y de todas las dignidades de la corte, presentó en revista Carlos de Lorena un ejército de 22.000 hombres de infantería y 11.000 de caballería, el cual representaba el poder militar propio del Habsburgo, el único disponible hasta la llegada de las tropas de los príncipes alemanes. En el consejo de guerra efectuado en esta ocasión, se determinó entrar en Hungría para tratar de contener el avance de los turcos lejos de Viena.

Avanzó Carlos de Lorena a lo largo del Danubio durante el mes de mayo. Deseaba observar, apoyado en las fortalezas de Raab y Komorn, cómo se desenvolvían los movimientos enemigos, amagando al mismo tiempo las plazas fuertes otomanas de Gran y Neukäusel. La aproximación de los turcos se señaló como siempre por los humos de las aldeas incendiadas. Kara Mustafá, despreciando las opiniones de sus consejeros, se nagaba a efectuar una ocupación sistemática de Hungría y asegurar así su retaguardia. Quería avanzar directamente sobre Viena, forzando al pequeño ejército cristiano a

una batalla desfavorable para quitarlo de enmedio, a fin de lanzar un ataque fulminante sobre la ciudad que lo obsesionaba. El Duque Carlos se vió antes de mucho en una situación crítica, pues fuerzas enemigas se adelantaban por sus dos flancos, amenazando un envolvimiento; por lo cual, muy a su pesar, a principios de julio ordenó la retirada.

Mucho tiempo había reinado en Viena un estado de ánimo optimista, y por ende descuido, pues se creía que el turco quedaría detenido en suelo de Hungría. Con la llegada de las primeras columnas de refugiados, que contaban escenas de horror, llegó también la inquietud; que se transformó en espanto cuando se esparcieron rumores, fácilmente creídos, de que el ejército había sido aniquilado. Muchos de los habitantes, sobre todo de los más acomodados, empezaron a emigrar en dirección a la Alta Austria, y más lejos todavía. Al poco tiempo no se podía conseguir un carruaje ni un caballo a ningún precio. Simultáneamente, los pobladores de los suburbios, empezaban a abandonar sus casas, buscando la protección de las murallas de la ciudad. El 7 de julio entró un oficial del Duque de Lorena, con la noticia de que el ejército no estaba vencido pero venía en retirada. Esto dio nuevo acicate a los temores de la población.

El Emperador, con el acuerdo de sus consejeros, decidió retirarse asimismo de Viena. Como no era militar, su presencia no podía contribuir mucho al resultado de los combates. Además, no podía arriesgarse a quedar encerrado en la ciudad. No sólo era Archiduque de Austria, no sólo Rey de Hungría, sino y por sobre todo Emperador; por lo cual un triunfo de los turcos sería de inmensas repercusiones si conseguían apoderarse de su persona. Acompañado de su familia, de su corte y servidumbre, el 8 de julio salió Leopoldo de Viena, en medio de las lamentaciones de la población, y cruzó a la orilla izquierda del Danubio, que se consideraba segura todavía. Esa noche se alojó con grandes incomodidades en Korneuburg. Río de por medio, en las alturas del Kahlenberg, ardía como fúnebre antorcha el monasterio de los camaldulenses, condeñado por un destacamento de los turcos. Siguió su triste camino Leopoldo, y finalmente estableció su corte en Passau, de donde reiteró sus urgentes pedidos de ayuda a los príncipes alemanes y al Rey de Polonia.

La ciudad de Viena, entretanto, quedaba en buenas manos. El Burgo-maestre de ese año, Andreas von Liebenberg (1627-1683), era un gobernante enérgico y sereno, que cumplió sus obligaciones con el mayor celo y lealtad, sin desmayar en ningún instante. En cuanto al comandante militar de la plaza, el Conde Rüdiger von Starhemberg (1638-1701), era el hombre más acertado para la difícil misión de defender a Viena. Su nombramiento fue uno de los aciertos de Leopoldo en la selección de sus colaboradores. Starhemberg había servido primero en cargos civiles, pero habiendo participado una vez en una campaña como voluntario, se aficionó a la carrera de las armas y mostró grandes aptitudes para ella. Poseía el don de mando en alto grado, y sabía hacerse respetar y aún querer de los soldados, cuyos peligros y penalidades compartía aun a riesgo de la propia vida. Al mismo tiempo, era de inexorable dureza para castigar las faltas y mantener la disciplina. Su decisión de mantener la plaza hasta el fin lo convierte en el verdadero héroe de la defensa de Viena.

La ciudad, hasta ese momento, apenas tenía guarnición; pero el mismo día 8 de julio empezó a entrar, con estridentes clamores de trompeta y broncos golpes de timbal, la caballería del Duque de Lorena, cuya vista levantó un poco la moral de los habitantes. En los días siguientes llegó también la infantería, que había efectuado su retirada por Presburgo, y entró acompañada no de música militar sino de los mugidos de gran número de vacunos, previsoraamente arreados para aprovisionar de carne a la ciudad. A aliviar el eterno problema del pago de las tropas contribuyó el Obispo de Wiener Neustadt, disponiendo que el tesoro del Arzobispado de Gran, que tenía bajo su custodia, se dedicara a ese fin. Dicho Obispo, Leopoldo Kollonits (1631-1707), fue, por lo demás, uno de los hombres que en ese momento histórico mejor cumplieron con su deber. Venía de un linaje de Croacia; en su juventud había sido caballero de Malta y combatido contra los turcos en Creta; después se hizo sacerdote, llegó a obispo y, más tarde, a cardenal. De su meritoria actividad durante el sitio de Viena se hará mención más adelante.

Carlos de Lorena conferenció con Starhemberg y con el Margrave Hermann von Boden, Presidente del Consejo Aulico de Guerra, sobre las providencias que correspondía tomar. El Duque expuso su pensamiento de no dejarse encerrar en la ciudad con sus tropas, sino mantenerse en campaña y estorbar los planes de los turcos hasta que, reunidos todos los aliados, pudieran tomar la ofensiva. De acuerdo con Starhemberg, dejó a éste una parte de su infantería y se retiró con el resto del ejército al Norte del Danubio. En Viena se podía saber ya con qué fuerzas se contaba para la defensa. El Burgomaestre Liebenberg movilizó una guardia urbana de 1.815 hombres; y también se organizaron varios batallones o compañías por gremios o actitudes: 255 taberneros, 300 carniceros, 155 panaderos, 288 zapateros, 250 comerciantes, 1.000 empleados de la corte, 700 estudiantes, tipógrafos y encuadernadores, etc. En total ascendía la guarnición a unos 15 ó 16 mil hombres, que ni por su número ni por su experiencia de las armas parecían suficientes para hacer frente a las huestes turcas. Se abrigaban en la ciudad unas 60.000 personas, pues si muchos habitantes habían partido, también se habían recibido muchos refugiados. La aglomeración de tanta gente en casas elevadas y calles angostas creaba un grave peligro de epidemias o de incendios.

Hasta entonces, y pese a las serias advertencias de Hermann von Baden, se había prestado escasa atención a las defensas, creyéndose que no llegaría el caso de ponerlas a prueba. Liebenberg y Starhemberg concentraron ahora toda su atención en ellas, y pusieron a trabajar a la población entera, inclusive eclesiásticos y mujeres, en los preparativos para sostener el sitio. Debían levantarse nuevas empalizadas y abrirse trincheras, tapiarse las puertas, construirse terraplenes y plataformas para colocar en posición los cañones. Una medida defensiva quedaba aún por tomar, pero era tan penosa que Starhemberg la dilató hasta el último momento. Sólo el 13 de julio dio la orden de quemar los suburbios, como solía hacerse entonces en caso de sitio, para impedir que sirvieran de alojamiento o de defensas al enemigo. Ardieieron entonces casas, iglesias y palacios, aniquilándose riquezas acumuladas durante un siglo y medio; y mucha gente que aún no había podido decidirse a abandonar sus hogares, perdió entonces los bienes que había pensado con-

Así aguardaba Viena, en la primera quincena de julio de 1683, la aproximación del vasto ejército de los turcos. Las tropas ligeras del enemigo corrían por los campos en sus rápidos caballos, evitando los lugares capaces de defensa pero asaltando las aldeas, granjas e iglesias desamparadas. Los habitantes eran torturados o asesinados, si no huían o encontraban refugio a tiempo. Se dice que en el villorrio de Rohrau, en la amplia llanura que se abre desde Viena hacia Hungría, un niño, lleno de miedo, se escondió en una chimenea mientras los turcos perpetraban atrocidades afuera. Ese niño sobrevivió y, con el correr del tiempo, llegó a ser el abuelo de dos músicos de renombre, Josef y Michael Haydn. Es una triste reflexión pensar que en la guerra no sólo perecen los frutos del pasado, pero pueden perecer también, en simiente, los del futuro.

El primer mes de sitio

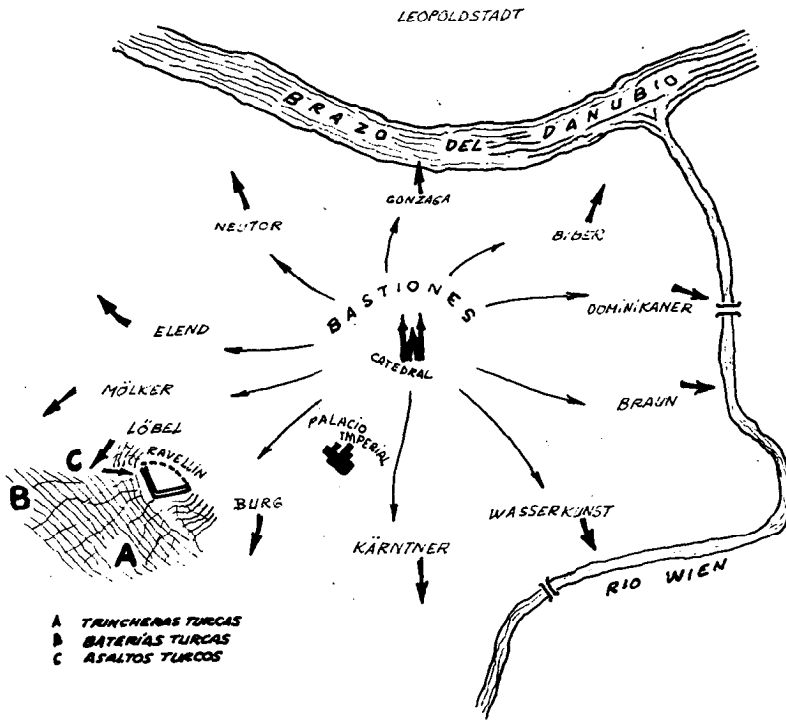
Kara Mustafá, que cruzó el río Raab el 7 de julio, se demoró seis días en llegar delante de Viena, y esta lentitud de su marcha fue un error que influyó, desfavorablemente para él, en el curso de las operaciones. Con algo más de rapidez hubiera podido alcanzar al ejército del Duque de Lorena, que seguramente hubiera sucumbido por su inferioridad numérica, y sorprender a Viena con sus preparativos de defensa inacabados. El 13 de julio se encontró Kara Mustafá en el punto donde, 154 años antes, había estado la tienda de campaña de Solimán el Magnífico. Ahora existía ahí un palacio de recreo, y Mustafá, impresionado por la hermosura del edificio o por el recuerdo histórico, puso guardias ahí para preservarlo de la general destrucción. Pero el Gran Visir no había venido a admirar palacios sino a conquistarlos. Ese mismo día hizo que dos de sus oficiales, se aproximaran al glacis y dejaran ahí un documento, escrito en turco y en latín, por el que exigía la capitulación de la ciudad, ofreciendo, como era de costumbre, la seguridad de las personas y los bienes bajo a protección del Sultán. Los habitantes de Viena sabían ya lo que valían tales promesas, y no dieron respuesta alguna.

En torno a Viena surgió una nueva población abigarrada, pintoresca y bulliciosa, la de los campamentos turcos que se extendían en un gran semicírculo, con sus dos extremos apoyados en el río. El emplazamiento de estos campamentos era más o menos el de los barrios exteriores de la Viena moderna, concentrados sobre todo en el espacio entre la ciudad y el Wienerwald (los «bosques de Viena»), esto es, las alturas que dominan la planicie. Se exponían los turcos de esta manera al ataque del ejército que, en algunas semanas más, vendría desde esa dirección en socorro de Viena; pero el Gran Visir, además de las seguridades de victoria rápida que le inspiraba su soberbia, tenía también sus razones. Sabía por sus informantes, que por ese lado eran defectuosas las fortificaciones; además, el suelo estaba menos impregnado de agua y se prestaba mejor para el trabajo de zapa, sistema ofensivo muy empleado por los turcos. El 14 de julio se iniciaron las obras de sitio, dirigidas por los ingenieros franceses con que contaban los turcos.

Para estas obras eran empleados sobre todo los habitantes de la región, a los que se hacía trabajar con bárbara dureza y se castigaba con suma crueldad. Detrás de los trabajadores y de los soldados se encontraba Kara Musta-

PLANO 1.

FORTIFICACIONES DE VIENA Y PUNTOS DE ATAQUE DE LOS TURCOS.



Plano 1: Fortificaciones de Viena y puntos de ataque de los Turcos.

fá en persona, incitándolos con su palabra y con el terror que inspiraba su nombre. El sector que se había propuesto atacar estaba defendido por los bastiones llamados Burg y Löbel y por un ravellín, obra exterior avanzada que cortaba el paso hacia la muralla. Esa misma noche quedó abierta la primera paralela y también se instaló una batería, que empezó a batir las defensas y a bombardear la ciudad misma. Los sitiados observaban esos trabajos desde la muralla, pero no pasivamente, pues su interés consistía en estorbarlos, para retrasar el momento en que los turcos pudieran acercarse bastante para lanzar un asalto. En las noches del 15, el 16 y el 19 de julio hicieron salidas, logrando dar muerte a muchos turcos y destruir en gran parte las obras empezadas. Pero los turcos, por la gran cantidad de mano de obra disponible, podían reparar rápidamente sus trincheras y proseguir la aproximación.

Es preciso destacar, con todo, que el asedio de Viena era no sólo un choque material, sino también un encuentro de dos culturas; las que, aun aborreciéndose, no podían dejar de fructificarse mutuamente. Los turcos traían consigo, por ejemplo, los elementos de la música militar europea (1), incluso la tradición de la retreta; la cual podían escuchar los habitantes de Viena al mismo tiempo que los ruidos del combate. En el diario de campaña del Maestro de Ceremonias otomano se lee, en la anotación del 18 de julio: *«Hoy, después de la plegaria de la tarde, empezó la banda militar del Gran Visir a tocar en su reducto; y otro tanto hicieron, en los demás sectores, las bandas del jefe de los jenizaros y del gobernador de Rumelia, como también las de los visires y gobernadores de provincia y de distrito. Así tocan ahora cada vez, después de las plegarias, a la caída del sol, en la noche y al amanecer, las diversas bandas; de modo que con el resonar conjunto de tambores, oboes, flautas, tamboriles y platillos, al que se unía el estrépito de los cañones y mosquetes, temblaban la tierra y el cielo»*. El Maestro de Ceremonias tenía también un oído crítico. El 22 de agosto, cuando llegó de visita a campamento turco el Príncipe de Transilvania, le pareció que la comitiva de éste hacía *«un ruido absurdo con sus cornetas, tambores y timbales»*.

Entretanto, mientras la capital de la Baja Austria y residencia del Emperador quedaba estrechamente asediada, extendían los turcos sus destructivas correrías por toda la región. Llegaron tan lejos que incluso la ciudad de Enns, en el límite con la Alta Austria, hubo de ponerse en estado de alerta; y la alarma cundió también hacia el interior de Alemania, por Baviera y Suabia. En la Baja Austria fueron muy pocos los lugares que lograron sobrevivir, como islas en un mar embravecido, a la invasión otomana. Algunas ciudades se salvaron mediante una oportuna sumisión a Emerich Tököly, haciéndose súbditas de éste por mientras pasaba la tormenta. En cambio, Wiener Neustadt, que en 1529 había desafiado el poder de Solimán, se sostuvo también heroicamente contra Kara Mustafá.

(1) Por supuesto que desde la Antigüedad se usaban trompetas y otros instrumentos para marcar el paso a los soldados, para animarles o para transmitir señales; pero la banda militar misma fue invención de los turcos, que la constituían con gran número de instrumentos, llevando los de viento la melodía y los de percusión el ritmo. Este género de música era escuchado con involuntaria admiración por los europeos durante el siglo XVII, hasta que los alemanes empezaron a imitarla, y con ellos los demás pueblos. Todavía modernamente se denomina en alemán *Janitscharenmusik* (música de jenizaros), la música de bandas de infantería.

La artillería de los turcos empezaba a hacer sentir sus efectos en las construcciones de Viena, y estuvo a punto de ocasionar una pérdida irreparable. El 15 de julio, mientras hacía su ronda en la muralla, sufrió Starhemberg una grave contusión por una piedra que saltó al golpe de una bala enemiga. El general debió guardar cama un par de días, pero después reapareció en público, transportando en una silla de manos, para seguir animando la defensa. El 20 de julio se presentó un parlamentario con una misiva del Gran Visir, que solicitaba una breve tregua para enterrar a sus muertos. Al mismo tiempo instaba de nuevo a la ciudad a rendirse, amenazando que, si era capturada por fuerza, no se perdonaría ni a la criatura en el vientre de su madre. Starhemberg rehusó la tregua, e hizo responder que la ciudad sería defendida hasta la última gota de sangre. Esa noche se recibió en Viena, por primera vez desde el comienzo del sitio, un mensaje del exterior: el Duque de Lorena instaba a resistir, pues el socorro estaba cercano. Con una columna de humo durante el día y con cohetes que se disparaban de noche desde la torre de San Esteban, se hizo saber al Duque que su mensaje había sido recibido y que la defensa no cejaba.

Más que la artillería inspiraban temor las minas del enemigo. Al anochecer del 23 de julio estallaron dos en la contraescarpa de los bastiones que eran objeto preferente de ataque de los turcos. Quince soldados resultaron muertos y muchas empalizadas quedaron destruidas. Enseguida lanzaron los turcos un gran asalto contra ambos bastiones. Fueron rechazados con fuego de mosquetería, granadas y arma blanca, y aunque el ataque se desarrolló en tres oleadas sucesivas, no consiguieron ganar ni un palmo de terreno. A pesar de este triunfo, inspiraba inquietud la penetración subterránea del enemigo, sobre todo porque la guarnición no disponía de soldados hábiles en el trabajo de contramina. Hubo que improvisarlos, y su valor e ingenio suplieron a su falta de experiencia.

El 25 de julio repitieron los turcos su ataque contra el ravellín del Bastión Burg. En la madrugada abrieron fuego con todas sus baterías; a media tarde hicieron estallar una mina en la contraescarpa, dando muerte a diez soldados, y a favor de la confusión así ocasionada se lanzaron por tres veces al asalto. Fue tal su ímpetu, que en un momento pareció debilitarse la resistencia, pero entonces llegaron cien granaderos de refuerzo, los cuales, en un cruento combate cuerpo a cuerpo, expulsaron al enemigo y lo persiguieron hasta sus trincheras, las que en gran parte fueron destruidas. Los turcos perdieron mucha gente, pero los cristianos lamentaron también sensibles bajas. Starhemberg fué, asimismo, herido por un casco de granada mientras visitaba el lugar del reciente combate.

Al día siguiente renovó Kara Mustafá sus intentos de inducir a los sitiados a capitular. Atada a una flecha recibieron éstos una carta en que se les hacían grandes promesas de buen trato si accedían a rendirse. Era obvio que a Kara Mustafá le interesaba ganar la plaza por capitulación más bien que por asalto. Si la obtenía intacta, haría suyos la mayor parte de los tesoros que encerraba, los que se perderían en el saqueo de una captura por fuerza. Además, una fortaleza en ruinas no ofrecería mucho abrigo a sus soldados para el invierno siguiente, ni tendría mucho valor militar para campañas ul-

teriores. Su codicia personal y sus planes de conquista le hacían ver la conveniencia de inducir a los sitiados a capitular.

El mes de julio terminó con intenso cañoneo y estallido de minas, pero sin que los turcos hubiesen hecho aún gran mella en las defensas de la ciudad. Sólo en el bastión Löbel, donde los perjuicios eran considerables, se ordenó que los artilleros tomasen posición más atrás, pues ya no estaban protegidos contra el fuego enemigo. También había progresado el trabajo de zapa de los turcos, que les permitía asaltar la contraescarpa desde muy cerca, pero aún no podían poner el pie en ella. Para el caso de que lograsen entrar, dispuso Starhemberg que en los lugares más amenazados se colocaran caballos de frisa y otros obstáculos, y que estuvieran listos los medios para derramar agua hirviendo, pez caliente y materias combustibles sobre los asaltantes.

La guerra no estaba limitada al cerco de Viena. Mientras Kara Mustafá combatía en la orilla derecha del Danubio, avanzaba su aliado, o más bien subordinado, Emerich Tököly, por la izquierda del río. A la cabeza de 14.000 húngaros y 6.000 turcos se proponía cooperar con el Gran Visir, asegurándole una buena comunicación entre ambas márgenes, y el lugar apropiado para ello le pareció la ciudad de Presburgo, donde tenía partidarios. Estos le abrieron las puertas, y la guarnición hubo de encerrarse en el castillo, donde siguió ofreciendo resistencia. Al mismo tiempo, de las tropas sitiadoras de Viena, se desprendió un cuerpo de 10.000 hombres, para reunirse con Tököly una vez que éste hubiese tendido un puente sobre el río. El duque Carlos de Lorena, no podía permitir que el enemigo se consolidara en Presburgo, y amenazara desde ahí las regiones del lado Norte del Danubio. El 29 de julio se presentó con todo su ejército ante la ciudad y, después de un breve pero intenso combate, la obligó a entregarse. Tököly, sorprendido por la rapidez de este avance y sin poder lograr acuerdo con los Bajaés turcos para presentar batalla, optó por la retirada. Esto no lo salvó de una derrota, pues Carlos de Lorena, reforzado por un cuerpo de caballería polaca, atacó a los húngaros y turcos y les infligió grandes pérdidas, con lo que la orilla izquierda del Danubio quedó por el momento limpia de enemigos, y se restableció el contacto con las fortalezas de Raab y Komorn. Kara Mustafá afectó no dar importancia a la derrota de Tököly, pero en privado le hizo ásperos reproches, que colmaron de furor al rebelde.

Entretanto empezaban los turcos mismos a sentir los efectos de la barbarie con que habían assolado la región de Viena, pues allí ya no encontraban alimentos y debían ir a buscarlos a distancias considerables. Esto ofrecía nuevas oportunidades a las tropas imperiales. Un destacamento turco, después de recoger provisiones mediante robos y violencias en los alrededores de Wiener Neustadt, regresaba con un convoy de 600 carros; pero el general Johann von Dünewald que lo supo, salió al encuentro de los turcos con varios escuadrones, los destrozó y les arrebató el botín. Igual suerte corrió un destacamento de tártaros enviados a Petronell, junto al Danubio, los que fueron destrozados por los auxiliares polacos.

La noche del 6 de agosto fue muy crítica para Viena. Los jenizaros atacaron el ravellín y trataron de establecerse en el foso. Mientras en ese lugar se combatía con ciego furor, estalló una mina en la contraescarpa y los turcos

procuraron inmediatamente penetrar por la abertura practicada. Sólo la llegada oportuna de refuerzos permitió rechazarlos hasta la contraescarpa, donde se fortificaron. La guarnición perdió esa noche unos cien hombres entre muertos y heridos. Los días siguientes transcurrieron en continua actividad de ataques, trabajos de zapa y salidas de los sitiados. El 11 de agosto empezó la artillería enemiga un fuego intenso e ininterrumpido, que prosiguió el día 12, dirigido sobre todo contra el palacio imperial, la catedral de San Esteban y las casas del lado occidental de la ciudad. A mediodía voló una mina que derrumbó todo el ángulo saliente del ravellín, sacudiendo la explosión a la ciudad entera. Los turcos avanzaron por entre el polvo y el humo, y también acudieron los defensores; ahí se trabó uno de los combates más sangrientos de todo el sitio, el que duró dos horas. Los turcos al retirarse dejaron montones de cadáveres de los suyos.

Starhemberg comprendía que la ciudad, por el momento, debía bastarse a sí misma; sin embargo, procuraba mantener el contacto con el exterior para afirmar la moral de los ciudadanos y de los soldados. El 13 de agosto hizo salir a un mensajero, que disfrazado de turco, cuyo idioma y costumbres conocía, logró atravesar las líneas enemigas con una carta para el Duque de Lorena. El mensajero fue y volvió, entre novelescas aventuras, trayendo como respuesta el anuncio de que el ejército cristiano ya se estaba reuniendo para la gran batalla. Como noticia alentadora, comunicaba el Duque la recaptura de Presburgo y la gran derrota de Tököly.

La concentración de los aliados

En efecto, durante el mes de agosto se estaban juntando las tropas aliadas que, unidas a las fuerzas imperiales, formarían el ejército que había de vencer a los turcos y liberar a Viena. Tal era, al menos, su programa; pero la realización del mismo no estaba exenta de dudas, porque los elementos que podían reunir los cristianos no igualaban al ejército otomano, ni siquiera se aproximaban a lo previsto en el tratado de Leopoldo I y Juan Sobieski.

Los primeros que entraron en campaña fueron los contingentes de los príncipes alemanes, aunque con dificultad porque el Imperio aún no se repónía de los estragos sufridos en la Guerra de los 30 Años, y no sin vacilaciones, dadas las conocidas intenciones agresivas de Luis XIV. El punto de reunión era la ciudad de Krems sobre el Danubio, y ahí se presentaron a mediados de agosto las tropas de Baviera, bajo el mando del General Degenfeld y el Margrave de Bayreuth. Eran seis regimientos de infantería y cinco de caballería, con un total de 11.300 hombres. El Príncipe Elector de Baviera, Max Emanuel, a la sazón de 21 años de edad, con laudable modestia no quiso tomar la jefatura, y la dejó a hombres más experimentados en la guerra. Sin embargo, hizo tan bien su aprendizaje, que a los pocos años era uno de los generales más distinguidos en las campañas contra los turcos en Hungría.

Otro príncipe que estaba convencido de la necesidad de unir las fuerzas para proteger el Imperio de los ataques de los otomanos era Juan Jorge III, Elector de Sajonia. Hombre de más edad y bien ejercitado en las armas, ya el 4 de agosto tenía reunido en Dresden un ejército de 11.400 hombres, compuesto de seis regimientos de infantería, cuatro de caballería, uno de drago-

nes y su guardia personal. El 11 de agosto inició la marcha a través de los montes de Bohemia, hasta efectuar la reunión en Tulln el 8 de septiembre. Al mismo tiempo avanzaban a lo largo del Danubio las tropas de Wurtemberg y del Círculo de Franconia, que sumaban 8.400 hombres distribuidos en seis batallones de infantería y 14 escuadrones de caballería. Venían a las órdenes del Príncipe Jorge Federico de Waldeck, que también ejercía el mando supremo sobre las tropas de Baviera. Waldeck, gran amigo de Guillermo de Orange —el futuro Guillermo III de Inglaterra— era uno de los hombres que con más energía trataba de aunar las fuerzas de los pequeños príncipes alemanes para hacer frente a los ataques externos, así de los turcos como de los franceses.

En cuanto al aliado polaco, sus dificultades eran tan grandes, que en algún momento se pudo desesperar de su asistencia. Juan Sobieski (1629-1696) reinaba sobre un país unido sólo en apariencia, pero de hecho seriamente dividido por las ambiciones y la independencia selvática de sus grandes señores. La monarquía era electiva, y cada elección era motivo de intrigas internas y externas. Sobieski, que también era uno de esos grandes señores, tuvo una juventud aventurera durante la cual vivió en París y en Constantinopla. De vuelta en Polonia, sus cualidades militares y el apoyo de Francia, que contaba con él para que secundase sus planes de conquista, contribuyeron para que en 1674 fuese elegido Rey con el nombre de Juan III. Durante las turbulencias de la elección, habían reiniciado los turcos las hostilidades contra Polonia, y Sobieski los combatió con resultado variable. En 1676 se hizo la paz, por la cual Polonia retuvo sólo dos tercios de Ucrania, mientras que el resto y toda Podolia quedaban en manos de los turcos. El deseo de reconquistar la perdido, fue uno de los móviles de Sobieski para alejarse de Luis XIV y concertar el tratado de alianza con Leopoldo I.

Sin embargo, en el momento de la acción se encontró Sobieski ante una falta de elementos casi insuperable. El ejército constaba sólo de 18.000 hombres, sin duda valerosos y aguerridos, pero tan indisciplinados y licenciosos, que constituían un peligro para la población civil de Polonia, por lo cual se les mantenía dispersos en lugares remotos de Ucrania. Por otra parte, el Gran Ducado de Lituania, que estaba unido a la monarquía polaca, tenía un ejército separado; pero el general que lo mandaba, por ser enemigo personal de Sobieski, demoró el envío de sus tropas hasta que fue demasiado tarde. La escasez de dinero en las arcas reales era absoluta. Los únicos medios disponibles eran la ayuda enviada por el Papa y el subsidio concedido por el Emperador con arreglo al tratado, a lo que se agregó el sacrificio que hizo Sobieski de su tesoro personal para armar y equipar a sus hombres. Aun así no llegó ni de lejos a los 40.000 que tenía prometidos. Cuando hubo reunido 25.000 consideró que no podría pasar de este número, y con tales fuerzas salió de Varsovia el 18 de julio. A su paso por Cracovia fue despedido por la Reina y por toda la corte. También se hallaba presente el embajador francés, que hasta el último momento había estado escribiendo a Luis XIV que los polacos no se hallaban en condiciones de marchar. Sobieski, al verlo, le dijo: *«Ahora, señor embajador, podéis informar a vuestro amo que verdaderamente me dirijo a Viena»*.

El 3 de septiembre se celebró en Stetteldorf un gran consejo de guerra, con asistencia de Sobieski y muchos príncipes alemanes. El Duque de Lorena propuso, y así quedó acordado, que la ruta más corta y segura para atacar a los turcos era pasando por las alturas del Kahlenberg, que dominan la planicie de Viena. Era un camino difícil, por lo quebrado del terreno y la abundancia de bosques, pero por lo mismo favorable, pues la infantería alemana se podía mover ahí con más facilidad que las huestes turcas. Además, eso protegía la línea de abastecimiento por el Danubio y, en el peor de los casos, aseguraba la retirada por los puentes de Krems y Tulln. Sobieski prestó su asentimiento a los planes del Duque y declaró que estaba dispuesto a guiarse por su mayor experiencia. Quedó decidido que el ejército actuaría concentrado a las órdenes superiores del Rey, y se acordó también el orden en que entrarían en batalla las diversas divisiones.

Mientras estaban en marcha las tropas aliadas no había permanecido ocioso el Duque de Lorena, pues mantenía la vigilancia sobre las operaciones de los turcos en torno a Viena y también sobre las actividades de Emerich Tököly. Este era, en efecto, el brazo móvil de la ofensiva otomana y, aunque con fuerzas inferiores, podía contribuir eficazmente al resultado de la campaña. El 6 de agosto forzó Tököly el paso del río March, con intención de unirse a fuerzas turcas que atravesarían el Danubio y expandirse después por Moravia para obstruir el camino a las fuerzas polacas. El Duque de Lorena le salió al encuentro, y nuevamente lo obligó a retroceder con grandes pérdidas. Sin embargo, conociendo el Gran Visir la aproximación de los aliados, insistió en la idea de derrotar a las tropas imperiales mientras aún estaban aisladas. Envió a Tököly un refuerzo de 10.000 tártaros; al mismo tiempo, el Bajá de Grossvardein avanzaría con 14.000 turcos por la orilla izquierda del Danubio y sería reforzado por 4.000 hombres desprendidos del ejército sitiador de Viena. Estas maniobras se cumplieron como estaban ordenadas.

El Duque de Lorena se situó en Weikersdorf, desde donde podía observar a sus dos adversarios. Viendo que estaban bastante separados, y que Tököly no ofrecía peligro a su flanco izquierdo, se lanzó impetuosamente al ataque contra el Bajá. El 24 de agosto le infligió una derrota completa en Stammersdorf, donde quedaron muertos 1.200 turcos, mientras que muchos otros se ahogaron en el Danubio, salvándose el Bajá mismo apenas en un barquichuelo. Mucho botín quedó en manos de los vencedores, y 600 húngaros se pasaron a sus filas, lo que indicaba que la causa otomana empezaba a perder atractivo para ellos. Tököly, a su vez, se retiró de nuevo detrás del March, y en adelante no intentó más que pequeñas incursiones de merodeo en dirección a Moravia.

Estas victorias del Duque de Lorena fueron de importancia decisiva para la liberación de Viena, pues aseguraron la reunión del ejército que debía realizar la magna empresa de salvar a la ciudad y a Europa.

El segundo mes de sitio

A mediados de agosto, empezó la situación interna de Viena a tornarse crítica. Escaseaban los víveres frescos y también el agua; y las condiciones sanitarias, normalmente poco satisfactorias en las ciudades de la época, se

hacían aún más deficientes, con lo que cundían las enfermedades contagiosas y hacía estragos la disentería. Sufrían en especial las personas de las clases populares, pero los individuos altamente colocados no estaban exentos. También Starhemberg cayó enfermo, pero se recuperó. Otra víctima fue el Burgomaestre Liebenberg, quien por su edad avanzada no logró sobreponerse al mal, y falleció el 10 de septiembre, muy lamentado por la población. Los batallones conservaban apenas la mitad de su efectivo, y muchos de sus soldados escasamente tenía fuerzas para ir a ocupar sus posiciones en las murallas.

Las autoridades adoptaban las medidas que estaban a su alcance para remediar tantas dificultades. En este que podría llamarse el frente interno, desplegaba la mayor actividad el Obispo Kollonits. Acompañaba a Starhemberg en sus rondas, estimulando con su palabra y su ejemplo a los defensores, visitaba todos los días los hospitales para atender a los heridos y enfermos, y reunía y cuidaba a los huérfanos. Para las mujeres, niños y ancianos que no podían participar en la lucha estableció talleres, en que se confeccionaban zapatos, medias y ropa destinados a los combatientes. Ayudó también en la organización de voluntarios para acudir a los incendios y en la aplicación de medidas para estabilizar los precios de los artículos de consumo. El Gran Visir, que supo de estas actividades de Kollonits, montó en cólera e hizo juramento de cortar la cabeza al Obispo y mandarla al Sultán ensartada en una lanza. Esto del envío de una cabeza ocurrió efectivamente más tarde, pero de un modo muy diverso de lo que se imaginaba Kara Mustafá.

En las fortificaciones proseguían diariamente los combates, siguiendo la pauta ya establecida. Los turcos hacían estallar minar, que iban derrumbando poco a poco los baluartes, y luego trataban de ganar posiciones mediante furiosos asaltos, que daban lugar a sangrientos choques cuerpo a cuerpo. Los sitiados hacían de vez en cuando una salida, en que dañaban las obras de los turcos y a veces conseguían apoderarse de provisiones de boca, que mucha falta le hacían. Pero si los cristianos tenían dificultades para alimentarse, también las tenían ya los turcos. Kara Mustafá, furioso por la prolongación del sitio, y sabiendo que sus tropas se empezaban a desalentar, tomó entonces una medida de increíble barbarie. A fin de disminuir el número de «*bocas inútiles*» ordenó degollar a todos los cautivos cristianos que había en el campamento, exceptuados los más jóvenes a quienes se reservaba para el trabajo forzado de las trincheras.

Razón tenía Kara Mustafá en estar impaciente, pues el Sultán también lo estaba. El 19 de agosto llegó al campamento un envío del Gran Señor. Traía magníficos regalos para el Gran Visir, pero también quería saber cuál era el estado de la situación. El Sultán ya hacía tiempo que aguardaba la noticia de la caída de Viena, y había dispuesto festejos extraordinarios para celebrar la victoria, que consideraba superior a la toma de Constantinopla misma pues le daría el imperio de Europa. No tardó el enviado en darse cuenta de que, a pesar de las grandes pérdidas sufridas por el ejército otomano, aún no estaba próxima la captura de Viena; y con esta poco satisfactoria información se volvió a Constantinopla. Kara Mustafá, a pesar de las muestras de benevolencia de su amo, entendió que su posición peligraba y empezó a exigir ma-

yores esfuerzos de sus hombres, y también de sí mismo. Abandonando el lujoso retiro en que había vivido hasta entonces, se hacía transportar a los puntos de combate en una litera blindada con planchas de hierro, animaba a los soldados, recompensaba a los valientes, y hacía ejecutar sin piedad a los que vacilaban en el asalto.

Así transcurrieron los últimos días de agosto, alternando bombardeos, explosiones de minas y luchas en el foso y en el derruido ravellín. Como Starhemberg se negaba a admitir una tregua para enterrar a los muertos, todo el contorno de Viena estaba cubierto de cadáveres, lo que contribuía a deprimir a los turcos y a emponzoñar el ambiente, con peligro para sitiados y sitiadores. De todos modos, el asedio progresaba, aunque con lentitud, y la capacidad de resistencia de los cristianos se iba agotando.

A comienzos de septiembre, obtuvieron los sitiadores algunos éxitos de importancia. En la mañana del 2 de este mes se desplomó, por efecto de una mina, el ángulo saliente del bastión Burg, y los sitiados no pudieron impedir que el enemigo ampliara la abertura. A la noche siguiente se establecieron los turcos de manera definitiva en el foso, y comenzaron a atacar con mucho empeño el ravellín, que ya no era más que un montón de escombros. Aunque la tropa ahí destacada se defendió con denuedo, Starhemberg, que no deseaba sacrificar innecesariamente a sus soldados, ordenó el día 3 abandonar el ravellín, puesto que su conservación se hacía imposible. De la torre de San Esteban volaban noche a noche los cohetes, para hacer saber al Duque de Lorena que la ciudad aún resistía pero estaba en la última extremidad.

El 4 de septiembre voló una mina en el bastión Burg, y enseguida avanzaron 4.000 turcos al asalto mientras los defensores corrían a sus puestos. La campana de San Esteban sonaba lugubrementemente la alarma, y los turcos trepaban por encima de las ruinas gritando el nombre de Allah. Ambos bandos estaban igualmente desesperados, por lo que el choque fue terrible. Los turcos alcanzaron a plantar varios de sus estandartes, pero pudieron ser expulsados por la llegada de refuerzos. Ahí quedaron muertos 500 turcos, pero también 114 cristianos. EL día 5 tronó la artillería turca continuamente contra la ciudad, y el 6 estalló una mina en el bastión Löbel, produciéndose un combate tan furioso como los anteriores. Como para aliviar la angustia de los sitiados en esos momentos de máximo peligro, esa noche se elevaron cinco cohetes sobre las alturas del Kahlenberg. Era un anuncio de que el ejército aliado había empezado a atravesar el Danubio.

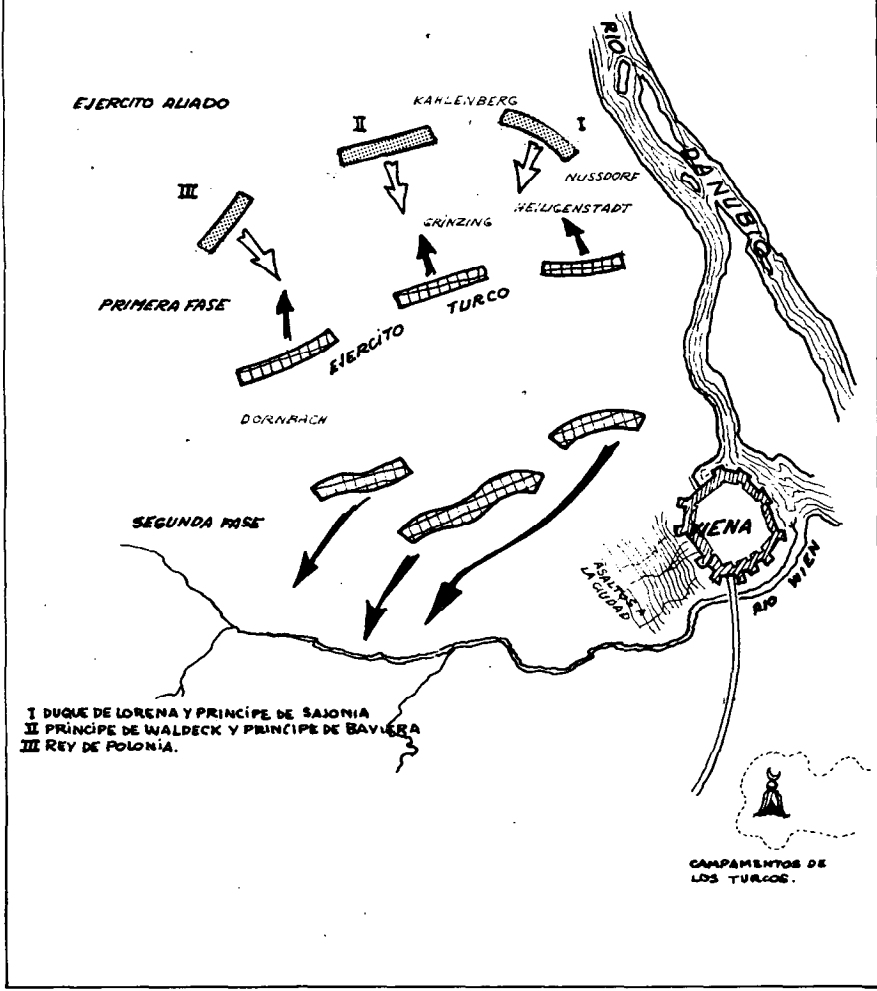
El 7 de septiembre, mientras proseguía la actividad de artillería y zapa, pasó revista el Gran Visir a su ejército: el total de las tropas ascendía a 173.400 hombres y las bajas sumaban hasta esa fecha 48.544. Tales cifras eran más decidoras por el lado del pasivo que del activo. En efecto, en el total se incluían muchas fuerzas que operaban en Hungría y aún algunas que ya habían sido aniquiladas en combate. En cambio, la enorme cantidad de bajas, indicaba el precio altísimo que estaba pagando Kara Mustafá por la conquista de Viena. De todos modos, aún reduciéndolas mucho, las fuerzas de que aún disponía —tal vez unos 147.000 hombres— le daban la superioridad numérica sobre la guarnición de la ciudad y el ejército aliado juntos.

Los días 8 y 9 de septiembre renovaron los turcos el asalto contra el

PLANO 2.

BATALLA DEL KAHLENBERG

12 DE SEPTIEMBRE DE 1683



Plano 2: Batalla del Kahlenberg, 12 de septiembre de 1683.

arruinado bastión Löbel, hasta que los sitiados hubieron de abandonarlo porque ya era indefendible. Los turcos estaban firmemente establecidos junto a la muralla y empezaban a minarla; y estos trabajos prosiguieron los días 10 y 11, mientras la artillería disparaba continuamente. Sin embargo, los turcos ya no intentaron nuevos asaltos, no porque hubieran desistido de su objetivo, sino porque las circunstancias les imponían una dilación. Ya se hacía sentir la aproximación del ejército aliado, aunque Kara Mustafá, en su soberbia, afectaba despreciarlo.

El 10 de septiembre celebró consejo de guerra el Gran Visir, no para trazar nuevos planes, pues a nadie prestaba oídos, sino para que hubiera alguien en quien descargar la responsabilidad en caso de algún tropiezo. Sus generales deseaban levantar el sitio y tomar medidas ofensivas y defensivas contra el ejército cristiano, pero el Gran Visir impuso su propia opinión. No quería abandonar las trincheras que tanto había costado hacer llegar a la muralla de la ciudad. Estaba seguro de que, una vez derrotado el ejército de socorro, Viena no tendría más remedio que rendirse.

Durante el 11 de septiembre hubo intenso ir y venir en el campamento turco y grandes fuerzas se desplazaron hacia las laderas del Kahlenberg. Al atardecer se vio desde Viena que en esas alturas aparecían tropas, y poco después, desde ahí se hicieron disparos de artillería contra las fuerzas turcas más próximas. Al mismo tiempo, en la cima del Leopoldsberg se desplegó una gran bandera roja con una cruz blanca —*estandarte que no era el de ninguno de los aliados, y por eso los representaba a todos*—. Tal espectáculo hizo nacer las mayores emociones en Viena. Los soldados, enardecidos, peían hacer una salida contra el enemigo; mucha gente coronaba las torres y murallas para ver lo que ocurría; y muchos también corrían a las iglesias para impetrar la ayuda divina en aquel trance. Era evidente que la suerte de Viena estaba por decidirse.

La batalla de Kahlenberg

El desenlace de la campaña de los otomanos contra Viena en 1683 se debió a varios factores, y muy especialmente a los errores estratégicos de Kara Mustafá. Uno de los más grandes, fue no haber tomado seriamente en consideración al ejército cristiano, por lo cual no adoptó medida alguna para disputarle el paso del Danubio ni para estorbarle el tránsito por la zona montuosa que debía recorrer para acercarse a Viena. Por eso, al aparecer los cristianos en la cima del Kahlenberg, debieron los otomanos improvisar una línea defensiva al pie de los montes.

El ejército aliado reunido constaba de unos 85.000 hombres, distribuidos como sigue:

	<i>Infantería</i>	<i>Caballería</i>	<i>Total</i>	<i>Cañones</i>
Imperiales	9.900	17.200	27.100	70
Polacos	8.600	18.000	26.600	30
Sajonia	5.200	6.200	11.400	30
Baviera	7.800	3.500	11.300	26
Wurtemberg y Franconia	7.600	1.200	8.800	12
Total	39.100	46.100	85.200	168

En estas tropas se incluían muchos voluntarios, generalmente nobles, así como pequeños contingentes de diversos príncipes alemanes. El Duque de Brunswick-Lüneburg envió 600 soldados, entre ellos, como voluntarios, dos hijos suyos; uno de éstos llegó a ser, 30 años más tarde, el Rey Jorge I de Gran Bretaña. Llama la atención en la composición del ejército la excesiva proporción de la caballería en sus efectivos. Del ejército imperial, ya se sabe que gran parte de su infantería había quedado como guarnición en Viena y en otros lugares; el ejército polaco, que normalmente actuaba en los vastos espacios de Ucrania, tendía a ser más fuerte en caballería. Por eso, era tanto más importante la presencia de las tropas alemanas que aportaban más de la mitad de la infantería disponible para la batalla. El propio Sobieski quedó muy impresionado por el aspecto de estas tropas, sobre todo las de Sajonia, y exclamó: «*Se puede decir de los alemanes lo que se dice de los caballos: ellos mismos no conocen su propia fuerza*». Descartadas las fuerzas dejadas atrás para proteger los puentes del Danubio o como destacamentos separados, quedaban unos 65.000 hombres para dar la batalla por Viena. Los turcos, ya se ha visto que disponían de unos 147.000 hombres, que también se reducían a unos 120.000 por la ausencia de destacamentos.

Al atardecer del 11 de septiembre, después de una fatigosa marcha de varios días, alcanzó el ejército aliado la línea Leopoldsberg-Cobenzl, donde hoy está el límite urbano de Viena. La infantería sajona tomó posesión de la cumbre del Kahlenberg y, apoyada luego por los imperiales, dispersó a cañonazos a algunas fuerzas turcas que intentaban subir desde el lado de la ciudad. Estos disparos fueron los que se vieron desde Viena, y dieron a los sitiados la seguridad de que el socorro estaba próximo. Desde la altura se ofrecía una espléndida vista de la ciudad, medio cubierta por las nubes de humo de la artillería, como también de los campamentos turcos donde reinaba la actividad preliminar a la batalla. En estos momentos se dio una curiosa diferencia de pareceres, de esos que indican que la visión no está en las cosas sino en el ojo que las mira. Los alemanes, acostumbrados a andar por bosques y montañas, sostenían que el descenso no presentaría dificultades; pero Sobieski, el hombre de las llanuras de Polonia y Ucrania, estimó que las dificultades naturales eran enormes, y que pasarían por lo menos dos días en combates parciales antes de poder dar la batalla. Tan convencido estaba de ello, que hasta señaló los lugares donde acamparían las tropas en las noches del 12 y el 13 de septiembre. Además, para asegurar su descenso, pidió que se le reforzara con infantería alemana, a lo cual accedió el Duque de Lorena. Cuatro regimientos —*uno imperial, uno de Baviera, uno de Sajonia y uno de Franconia*— fueron trasladados al ala derecha para apoyar el avance de los polacos. Sin embargo, la decisión no estaba en manos de Sobieski, sino que dependía de factores más poderosos que precipitarían el choque: la situación desesperada de Viena, el anhelo de los soldados cristianos de liberarla, y la soberbia voluntad de Jara Mustafá de no dejarse arrebatar un triunfo que ya creía suyo. El domingo 12 de septiembre, sin más esperas ni dilaciones, quedaría cortado el lazo que estrangulaba a Viena, si bien la batalla no estaba prevista ni planificada para ese día.

Desde la madrugada puso el Gran Visir en actividad su ejército. Dejando fuerzas suficientes para mantener el cerco de Viena, con la mayor parte de

sus tropas ocupó una línea defensiva que se extendía desde Dornbach hasta Nussdorf. En vista de esta maniobra, resolvieron Sobieski y el Duque de Lorena, iniciar también un avance restringido para no dejarse arrebatar la ventaja que les daba su posición más elevada. Antes de abrirse la marcha tuvo lugar un solemne oficio religioso en la cima del Kahlenberg, con la participación del famoso capuchino Fray Marco d'Aviano (1631-1699), confesor del Emperador Leopoldo y enviado especial del Papa. Este fraile, nacido en la aldea de Aviano, en el Friul, era un predicador de renombre en Italia y Alemania y por sus virtudes gozaba de mucho prestigio en el pueblo y entre los príncipes. Convencido de la terrible amenaza que representaban los turcos para la Cristiandad, ponía todo su celo al servicio de la resistencia a la Media Luna, tratando sobre todo de disipar las discordias entre los propios cristianos. Celebró misa Fray Marco en la montaña e impartió la bendición al ejército. En vez de música sagrada, acompañaba esta ceremonia el estruendo de las explosiones que sacudían los debilitados muros de Viena.

Muy de mañana empezó la lucha en el ala izquierda del ejército aliado, compuesta de las tropas imperiales y sajonas. Ahí mandaba el Duque de Lorena, teniendo a sus órdenes a los Margraves Hermann y Luis de Baden y a otros nobles señores, entre ellos el Príncipe Eugenio de Saboya, que entonces hacía sus primeras armas. Los turcos ocupaban sólidas posiciones en Nussdorf, y el Duque trató de desalojarlos haciendo avanzar una parte de sus soldados de frente mientras que otros atacaban el flanco del enemigo. En las primeras filas iba Fray Marco d'Aviano, en alto una cruz, exhortando con fervorosas palabras a los combatientes. La lucha duró largo tiempo, con ventajas ya para otros, y se renovó varias veces con la llegada de refuerzos por ambas partes, hasta que los turcos fueron obligados a retroceder a las alturas situadas entre Nussdorf y Heilingenstadt. Siete horas habían durado estos combates, y el Duque, siguiendo en la idea de que esta no era la batalla final, decidió dar un descanso a sus soldados. Hasta mediodía sólo había entrado en acción intensa el ala izquierda. El centro, mandado por el Príncipe d Waldeck, a cuyo lado iba el joven Elector de Baviera, adelantaba poco a poco, procurando no perder el contacto con el Duque de Lorena. Más que la resistencia del enemigo, le daba trabajo el constante subir y bajar por las laderas de Grinzing y Sievering. En el momento de la pausa en la lucha, el ala izquierda se hallaba situado frente a Heiligenstadt y el centro, frente a Währing. El ala derecha, esto es, el ejército polaco, no se presentaba aún, pues su marcha se había retrasado por las dificultades del terreno.

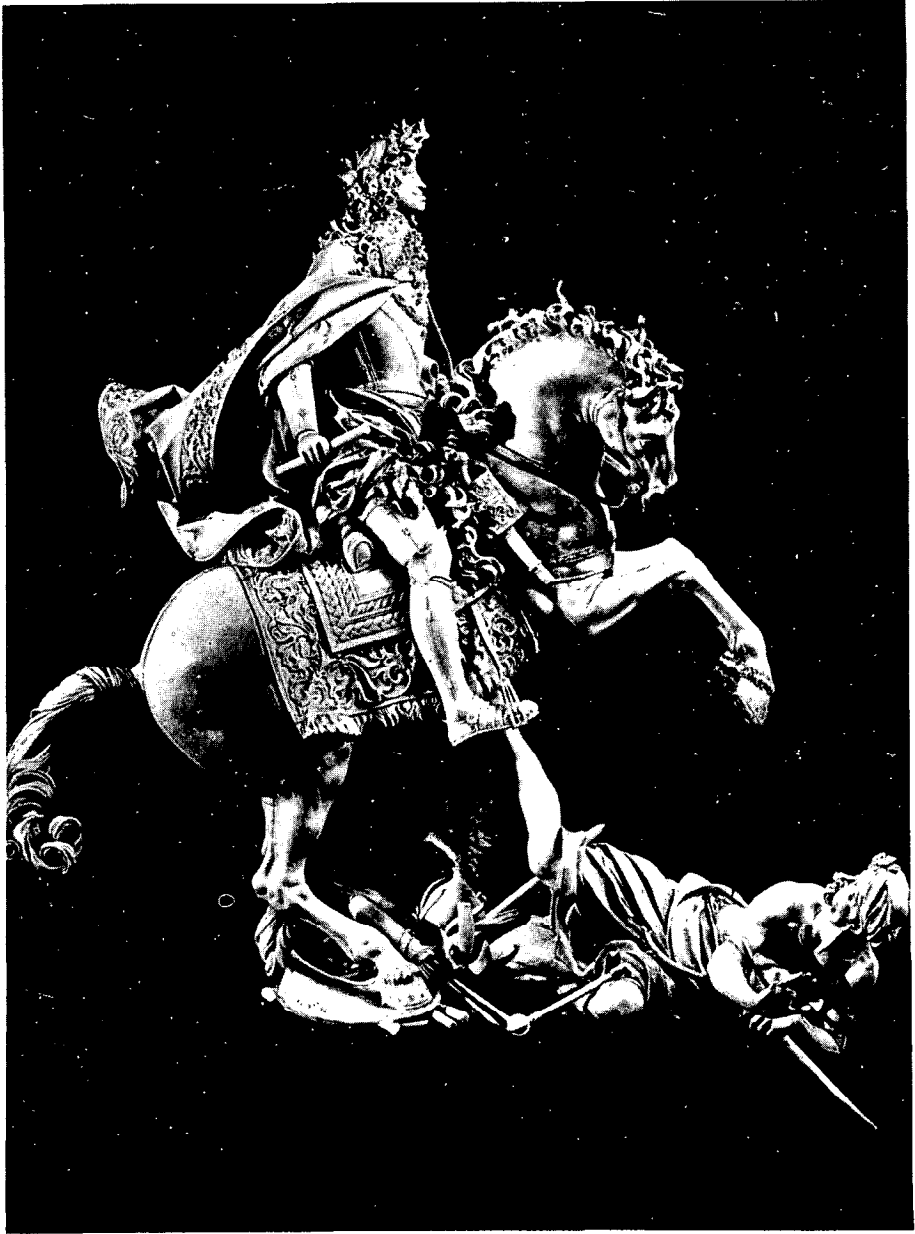
Como a las dos de la tarde aparecieron por in los polacos, y saliendo de los bosques de Dornbach. Sobieski se lanzó inmediatamente a la carga con sus escuadrones de húsares; pero Kara Mustafá le opuso una masa de tropas que aún no habían combatido, y contra esa muralla humana se estrellaron los esfuerzos de los polacos. En ese momento pudo creer el Gran Visir que tenía asegurada la victoria; pero Sobieski llamó en su ayuda a los cuatro regimientos alemanes que le habían sido asignados, y éstos contuvieron varios ataques consecutivos de los turcos. Enseguida, unidos a la caballería polaca reorganizada y a la infantería polaca que empezaba a llegar, fueron haciendo retroceder al enemigo, hasta que el ala derecha cristiana estuvo a la misma

altura que el centro y el ala izquierda. Hasta este momento se había alcanzado la línea que estaba fijada como meta de los aliados para ese día.

Ese fue también el momento en que, arrastrados por el desarrollo de la lucha, convirtieron los aliados el encuentro en la batalla definitiva por Viena. Sobieski advirtió una gran masa de caballería enemiga que mostraba signos de vacilación, y se lanzó contra ella con la suya propia. Kara Mustafá, por su parte, trasladó nuevas fuerzas a ese lugar, y el combate prosiguió con encarnizamiento. Entretanto, el Duque de Lorena puso también en movimiento el ala izquierda, en un gran movimiento envolvente de la línea turca. También en ese punto se combatió con mucho ardor, hasta que la infantería, sobre todo la de Sajonia, se apoderó de las baterías apostadas en Heiligenstadt y dirigió esos cañones contra los propios turcos. Entonces esa ala de los enemigos fue empujada hacia el centro de la línea, produciéndose gran confusión entre los turcos; lo que aprovecharon las tropas de Baviera, Franconia y Wurtemberg —*el centro cristiano*— para atacar decididamente en dirección a Währing. Bajo esta nueva presión se produjo la desmoralización de los turcos, y pronto empezaron a cejar. Kara Mustafá hizo enarbolar la bandera verde del Profeta, pero eso no reanimó el valor de los suyos; y la bandera misma fue salvada apenas de caer en manos de los cristianos. Como último recurso, ordenó formar un círculo de carros a modo de fortaleza en que proseguir la resistencia, pero ya nadie obedecía; y el propio Gran Visir fue arrastrado en el torbellino de su ejército en desorden.

Todavía durante el fuego de artillería contra Viena, y el Margrave Luis de Badén se lanzó con varios regimientos de caballería sobre los artilleros turcos y los exterminó. Al mismo tiempo, Starhemberg ordenó una salida de la guarnición, lo que terminó de aterrar al enemigo. El retroceso de los turcos se transformó en una fuga general; a las 7 de la tarde estaba ganada la batalla, y Viena había quedado liberada. El cansancio de la jornada impidió una persecución en regla; sin embargo, dos regimientos de caballería imperiales y uno polaco siguieron al enemigo hasta el río Fischa, sableando a muchos en el camino y acosando a otros hasta precipitarlos a la corriente del Danubio. Nunca se supo con certidumbre el número de turcos que perecieron ese día, y como cifra moderada se habla de 25.000. El ejército otomano, después de la terrible sangría del sitio de Viena, sufrió en la batalla un golpe del que no se repuso nunca del todo, pues los caídos eran sobre todo los mejores soldados, la flor de los jenízaros y de la caballería regular. Las pérdidas de los cristianos eran relativamente bajas, no pasando de 5.000 hombres. Muchas más eran las víctimas del sitio, pues se estima que por efecto de los combates y de las enfermedades murieron unas 25.000 personas, entre soldados y civiles.

El ejército cristiano había ganado la batalla, pero no es fácil asignar a alguien el mérito especial de la victoria. Los jefes empezaron el día sin intención de librar batalla, y sólo esperaban ganar posiciones para los días siguientes. Durante la jornada nadie ejerció el mando superior del ejército aliado, sino que cada uno de los generales dispuso lo que le pareció más conveniente en su sector. El Duque de Lorena atacó resultamente en el ala izquierda, pero se detuvo cuando le pareció haber hecho suficiente por ese día. Juan Sobieski se presentó muy tarde en el campo de batalla, y aunque dio car-



Emperador Leopoldo I. (Mathias Steinle. 1645?-1727). Museo Histórico de Viena.

ga tras carga con sus jinetes y mostró mucho valor personal, no consiguió perforar la masa de sus adversarios hasta que éstos se vieron atacados de flanco por el resto del ejército. Precisamente este ataque de flanco, iniciado por el Duque de Lorena, es lo que más se asemeja a una concepción táctica para vencer al enemigo, pero fue seguramente una improvisación que ganó ímpetu por sí solo. Además, el ejército cristiano no empuñó todas sus fuerzas en la batalla. Gran parte de los polacos no llegaron sino después de terminado el combate, y las fuerzas de reserva sólo descendieron del Kahlenberg al declinar el día. Lo más acertado será acaso pensar que la batalla por Viena se ganó mediante la colaboración de todos los elementos en juego. El ejército aliado asestó el golpe final, pero no habría llegado a dar ese golpe si la ciudad no se hubiera sostenido por sus propias fuerzas durante dos meses, con lo cual debilitó y desmoralizó a los turcos; la ciudad, a su vez, se sostuvo porque el ejército del Duque de Lorena distrajo importantes fuerzas enemigas, impidió operaciones que hubieran empeorado la situación de los sitiados y, sobre todo, mantuvo viva la esperanza de socorro para Viena; pero este ejército, muy reducido de número, pudo mantenerse en campaña precisamente gracias a la resistencia de la ciudad, que inmovilizó la mayor parte del ejército otomano. Con todas sus vacilaciones, dilaciones e insuficiencias, fue la cooperación entre los cristianos la que aseguró el final de la amenaza musulmana contra Europa (2).

El epílogo de la guerra

La derrota de los turcos en Viena tuvo inmensa repercusión en Europa, sobre todo en Italia y Alemania que había estado expuestas más directamente. En todas partes hubo fiestas y celebraciones, populares, principescas y religiosas; se escribieron himnos y poesías en honor de los héroes del momento; y se les otorgaron distinciones y premios. La atención se concentraba sobre todo en *Stargenberg*, que con su porfiada defensa de Viena había hecho posible la victoria. El Emperador le dio el título de Mariscal de sus ejércitos y una rica recompensa; Carlos II de España le concedió la orden del Toisón de Oro; Inocencio XI, en un Breve dirigido personalmente a él le expresó el reconocimiento de la Cristiandad. Europa entera se hallaba entonces de plácemes, a excepción tal vez de Luis XIV, que hubiera visto con agrado un triunfo de los turcos para poder presentarse en escena como un «*deus ex machina*», expulsarlos de Alemania, y quedar él como árbitro de los destinos del continente. El Papa, que justamente podía considerarse a sí mismo como uno de los artífices de la victoria, quiso perpetuar la significación religiosa de la lucha, cuyo desenlace atribuía a la ayuda del Cielo. Con este objeto hizo extensiva a toda la Iglesia Católica la fiesta del Santísimo Nombre de María, que antes era exclusivamente española, disponiendo que se celebrase en ade-

(2) Voltaire, en su historia de Luis XIV, traza un esbozo tan superficial como inexacto de la batalla del Kahlenberg. Después de afirmar que sólo los errores del Gran Visir impidieron la captura de Viena, escribe: «El Rey de Polonia, Juan Sobieski, tuvo tiempo de llegar; y, con el auxilio del Duque de Lorena, no tuvo más que presentarse ante la multitud otomana para ponerla en derrota». No reconoce la heroica defensa de la ciudad ni la denodada lucha del ejército turco; además, tergiversa los papeles al convertir en protagonista a Sobieski, que fue apenas un auxiliar. Esta tergiversación de Voltaire, se ha seguido repitiendo en libros posteriores.

lante el 12 de septiembre en perpetua memoria de la victoria sobre los turcos. Durante casi tres siglos se mantuvo esta conmemoración, hasta que la suprimió el Concilio Vaticano II, permitiendo que continuase sólo en la liturgia alemana.

Entretanto el derrotado ejército otomano proseguía su desordenada retirada a través de Hungría. La ira y los temores de Kara Mustafá no conocían límites. Hizo cortar la cabeza a muchos altos oficiales turcos para desahogar su despecho, y también para dar la impresión de que los culpables de desastre recibían ya su castigo, con lo cual creía ocultar su propia responsabilidad. Igualmente violenta fue la decepción del Sultán, que todo ese tiempo había permanecido en Belgrado aguardando nuevas de la toma de Viena. El 16 de septiembre llegó la noticia de la derrota, y al principio nadie se atrevía a comunicársela. Cuando la supo, montó el Sultán en cólera terrible y quiso tomar venganza haciendo matar a todos los cristianos que habitaban en sus dominios. Se le hizo ver, que esto le concitaría la oposición general de las naciones de Europa, y entonces cayó el Sultán en la melancolía más profunda, y durante días no quiso ver a nadie. Lleno de pesar emprendió el regreso a Constantinopla. Por el momento se dejó engañar todavía por la versión de los hechos que le enviaba Kara Mustafá, y le mantuvo su confianza.

Sin embargo, la guerra seguía siendo desfavorable para los otomanos. Los cristianos avanzaban con gran ímpetu, y si bien Sobieski, por su presunción de lograr un triunfo que fuera exclusivamente suyo, se dejó derrotar en Parkany, ese lugar fue teatro poco después de una rotunda victoria del ejército aliado. A consecuencia de ello, el 27 de octubre hubo de capitular la importante fortaleza turca de Gran. Esto colmó la medida en la relativo al Gran Visir. El Sultán, hombre de carácter débil, así como antes no había resistido a Kara Mustafá cuando éste acumulaba todos los poderes en sus manos, ahora tampoco resistió a los que pedían que se castigase al que había dirigido tan mal una guerra que él mismo había provocado.

La sentencia de muerte fue llevada a Belgrado por un gran funcionario de la Sublime Puerta, que encontró inmediato acatamiento cuando exhibió sus poderes. A solicitud del jefe de los jenizaros, y aún sin sospechar el peligro, convocó Kara Mustafá un consejo de guerra, que se reunió el 25 de diciembre. Apenas cumplidos los preliminares, se le pidió que entregara el sello imperial, que llevaba colgado al cuello. Palideció Kara Mustafá al entender lo que esto significaba. Se desprendió del sello, y con voz temblorosa, preguntó qué más que exigía de él. Entonces avanzó el enviado del Sultán y le presentó la sentencia junto con un cordón de seda negra. Sabía muy bien Kara Mustafá, que de tales sentencias no había apelación posible, de modo que sólo pidió unos momentos más para decir una plegaria. Enseguida se colocó el mismo el cordón de seda al cuello, rogó a sus servidores que no prolongaran sus sufrimientos, y fue estrangulado por éstos. El cadáver fue decapitado, el cuerpo se exhibió públicamente y la cabeza fue enviada al Sultán. Después de cierto tiempo fue devuelta la cabeza a Belgrado, y enterrada junto con el cuerpo en la mezquita que el mismo Gran Visir había hecho edificar. El cráneo de Kara Mustafá, el cordón de seda negra y la camisa que tenía puesta en el momento de su muerte llegaron por último a Viena; lo cual

ocurrió de la manera siguiente. En 1688, al ser capturada Belgrado por las tropas imperiales, varios soldados se introdujeron una noche en la mezquita donde yacía Kara Mustafá, creyendo que ahí encontrarían tesoros. No encontraron más que esos fúnebres despojos, de los cuales se hicieron cargo los jesuitas y los remitieron al Cardenal Kollonits. Así, por un irónico azar, recibió Kollonits el cráneo del hombre que había amenazado con decapitarlo a él (3).

La guerra duró todavía muchos años, pues el Emperador, distraído por las continuas agresiones de Luis XIV en el Rin, no podía concentrar sus fuerzas contra los turcos, los cuales aún poseían un gran poderío militar. De todos modos, una serie de grandes victorias de los cristianos hizo evidente la declinación de los otomanos. En 1686 fue reconquistada Ofen (Buda), la capital de Hungría que había estado 145 años sometida a la Media Luna; en 1688 (transitoriamente), Belgrado. En 1691 ganó el Margrave Luis de Baden la batalla de Slankamen, en que murió el Gran Visir Mustafá Köprülü, el hombre que los turcos veneraban como el renovador de sus destinos; y en 1697 obtuvo el Príncipe Eugenio de Saboya la victoria de Zenta, donde el ejército otomano quedó completamente aniquilado, otro Gran Visir perdió la vida y el Sultán mismo logró apenas escapar. Así terminó el largo conflicto que había empezado cuando Kara Mustafá se puso en marcha contra Viena en 1683. Los turcos, ya sin fuerzas para seguir luchando, aceptaron entrar en negociaciones. La paz se firmó el 26 de enero de 1699 en Karlowitz, pequeña ciudad junto al Danubio, perteneciente hoy a Yugoslavia; el signatario otomano fue un Köprülü, el Gran Visir Hussein, como simbolizando la quiebra del gran designio que su familia había pretendido realizar.

Entretanto iban abandonando este mundo los actores del gran drama de Viena. En 1689 murió Inocencia XI, rodeado de veneración por sus eminentes virtudes. Hasta un escritor moderno muy poco simpatizante de la Iglesia habla bien de él: «*Ningún protestante de juicio ecuánime he negado el máximo respeto a este Papa, hombre verdaderamente íntegro en sus acciones. Sólo el odio de Francia lo persiguió hasta más allá de la muerte*» (4). En efecto, Inocencio XI se cuenta ahora en el número de los santos, pero su canonización tuvo que esperar hasta 1956. El Duque Carlos de Lorena falleció en 1690 en Wels (Alta Austria). Todo el batallar de su vida había sido infructuoso para él mismo, pues nunca pudo recuperar su patria usurpada. Algunos años después, en 1696, murió en Varsovia Juan Sobieski, dejando a su reino tan anarquizado como lo había encontrado. El Emperador Leopoldo I bajó a la tumba en 1705, ya libre de la pesadilla otomana pero no del eterno conflicto con Luis XIV, pues ahora se combatía por la sucesión de España.

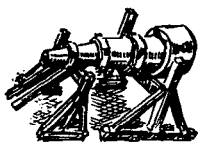
El tratado de Karlowitz constituyó un hito entre dos épocas. Por una parte, inició Turquía el largo camino de regreso —*que tarde o temprano siguen todos los pueblos conquistadores*— hacia un destino nacional circunscrito. En cambio, los dominios propios de la rama alemana de los Habsbur-

(3) El cráneo de Kara Mustafá, pasó después al Arsenal de Viena. Actualmente se conserva en el Museo de la Ciudad de Viena, pero, como es natural, ya no se exhibe al público.

(4) Hans Kühner, *Das Imperium der Päpste*, Fischer Taschenbuch Verlag, Francfort, 1980, pág. 302.

go (la única que en adelante existiría, pues la de España agonizaba junto con Carlos II) se ampliaron y redondearon. Constituían ahora una gran masa territorial, con su centro en Viena; y esta masa, en parte dentro y en parte fuera del Sacro Imperio Romano Germánico, pasó a llamarse simplemente «Austria» y entró en el siglo XVIII como una de las grandes potencias europea. Sin embargo, en medio de la nueva carrera de Viena como centro de poder en Europa central, no se desvanecía el trauma popular de los horrores de 1683 y se traducían en expresiones ingenuas. Así, en la ciudad de Enns puede verse todavía, sobre el muro de una capilla, un grupo plástico de Pilato mostrando a Jesús flagelado —*obra de finales del siglo XVII*— pero es un Pilato vestido, no a la romana, sino como Gran Visir de los turcos. En Viena todos los años, el 12 de septiembre, una procesión conmemorativa recorría las calles, y así lo hizo durante un siglo entero; hasta que en 1783 fue suprimida por el Emperador José II, que, a fuer de déspota ilustrado, estaba desprovisto de una cualidad tan fundamental en el gobernante como el deseo de progreso: la piedad para el pasado, ya que pasado y futuro no son más que el arriba y el abajo de la corriente única de vida de un pueblo. Y, en todo caso, el siglo XVIII iba precipitándose en problemas nuevos, que hacían aparecer muy remotos los de cien años antes. Frente a las convulsiones de la Revolución Francesa, ¿quién se representaba aún lo que había sido la contienda de Viena y su importancia para que no se quebrase la línea del devenir europeo? (5).

Al cumplirse el segundo centenario del sitio, en 1883, revivió en Viena el recuerdo y se materializó en un gran monumento de mármol, que se erigió dentro de la catedral de San Esteban. Pero ese monumento duró apenas medio siglo. En 1945 cayeron de nuevo sobre Viena las hordas de Oriente; la gran iglesia quedó llena de ruinas, y el monumento sucumbió también. De entre los escombros se salvaron tan sólo unos fragmentos, que se conservan adosados en una pared del crucero: al centro una figura de la Madre de Dios exaltada sobre el mundo, y a los lados dos estatuas que son símbolos de los poderes que en 1683 salvaron a Viena: la de Inocencio XI, la fuerza espiritual, y la de Leopoldo I, la soberanía temporal. Más no queda.



(5) En la *Comedia nueva* (1792) de Leandro F. de Moratín, el cerco de Viena es el tema de una pieza de teatro disparatada, completamente fabulosa en los personajes y en los pormenores. Se ve que para el poeta autor de ella —y acaso para el propio Moratín— el cerco de Viena estaba tan distante ya y era tan irreal como las historias de la Tabla Redonda.

BIBLIOGRAFIA

- *Wien, 1683*, Dürriegel, Günter, Viena, 1981.
- *Die Herrscher der Osmanen*, Frank, Gerd, Düsseldorf, 1980.
- *Wiens erste Belagerung durch die Türken, 1529*. Hummelberger, Walter, Estudios de historia militar. Núm. 33, Museo Histórico Militar, Viena, 1976.
- *Kara Mustafa vor Wien* (diario del sitio de Viena, escrito por el Maestro de Ceremonias de la Sublime Puerta). Traducción alemana, introducción y notas de Richard F. Kreutel. Colección de Historiadores otomanos. Núm. 1. 4ª. impresión. Graz, 1976.
- *Türkenjahr 1683*, Lorenz, Reinhold, Viena/Leipzig, 1934.
- *Philipp II*, Pfandl, Ludwig, Munich, 1938.
- *Allgemeine Deutsche Biographie*. Real Academia de Ciencias (Baviera), Leipzig, 1875 y sigs.
- *Türkenzeit*, Schreiber, Georg, Innsbruck, 1981.
- *Leopold J*, Spielman, John P., Graz, 1981.
- *Soliman vor Wien*, Stöller, Ferdinand, Viena, 1929.
- *Die Türken vor Wien im Jahre 1683*, Toifel, Karl, Praga/Leipzig, 1883.
- *Siècle de Louis XIV*, Voltaire, con introducción y notas de Emile Bourgeois, París, 1914.

